

ALBERTO GARCÍA-ALIX



Una de las primeras fotografías de Alberto García-Alix (León, 1956), *Mi habitación de Barcelona* (1978), ya nos cuenta la historia de alguien que eligió ser fotógrafo. Ni los estudios de Derecho, que abandonó, ni su paso por la Legión, pudieron competir con lo que iba a ser un oficio, una pasión y una de sus drogas legales (las motos, naturalmente, han sido otra, las mujeres una más...), de la que además ha podido vivir y por la que finalmente ha sido reconocido como artista.

García-Alix ha hecho de la vida, de su propia vida y de la de los que le rodean, de sus pasiones y de sus sufrimientos, el tema de todas sus imágenes, incluso de aquellas que nacen por encargo. Es un romántico de finales del siglo XX. Su relación con la fotografía nace del peso de una mirada que quiere mantener vivos momentos, personas y situaciones que se escapan en un tiempo que resulta imparable.

Autodidacta técnica y conceptualmente, ha aprendido fotografía haciendo fotografías. Su acercamiento intuitivo a la obra de los grandes fotógrafos americanos, le influirá en su forma de retratar los ambientes urbanos y los personajes de la ciudad. Una forma directa de mirar, de captar a la gente como es, sin críticas pero tampoco sin concesiones. El uso impecable del blanco y negro ha sido también esencial para que se haya relacionado su estilo con esta tradición americana.

El retrato es el género por excelencia de García-Alix. Toda su obra es un retablo de retratos, con los que va trazando su propia biografía, porque es de él mismo de quien nos hablan todos estos personajes que se unen por su relación con el artista. Los amigos que ha querido, las habitaciones en las que ha dormido, los espacios que ha habitado, las mujeres que ha amado y, paulatinamente, en un proceso simbólico que le ha llevado también a realizar sus primeros vídeos, las sensaciones y las emociones que ha medido en el tiempo en el que toma una imagen a la que carga de sentido, alejándose de ese "fotógrafo de la movida madrileña" con el que algunos han querido resumir su trabajo. A pesar de este peso sentimental y autobiográfico, sus fotografías tienen una fuerza natural perturbadora, sin duda la de la potencia de lo auténtico, la de una forma de fotografiar con una mirada propia, tal vez, la del corazón. Esta autenticidad ha hecho que sea considerado uno de los fotógrafos fundamentales de la historia de la fotografía española de las últimas décadas, recibiendo el Premio Nacional de Fotografía en 1999.

Alberto García-Alix
Mis padres, 1982
Cortesía del artista